

RESEÑA DE LIBRO:

VIOLENCIA EN LA TOMA. SEGREGACIÓN RESIDENCIAL, INJUSTICIA AMBIENTAL Y ABANDONO DE POBLADORES INMIGRANTES EN LA PAMPA, ALTO HOSPICIO

*María Fernanda Stang Alva**

Tres aristas de este valioso trabajo para el campo de los estudios migratorios me parecen centrales: 1) El hecho de apelar a la noción de violencia estructural como lupa analítica para aproximarse críticamente a los hechos a partir de los que surge este libro, ligados a un brutal desalojo de una toma en Alto Hospicio, Región de Tarapacá, Chile, y la aguda y exhaustiva mirada que permite a los autores encontrar, nombrar y problematizar las diversas formas en que esa violencia se expresa. 2) A la par de ese énfasis en los procesos estructurales, el relevamiento de la agencia de los actores (valga la redundancia) a partir de sus resistencias, que son puestas en valor despojadas de una mirada romántica; por el contrario, se muestran atravesadas por sus propias tensiones y conflictos. 3) Tanto por la forma en que se construyó como por el compromiso de los investigadores que el texto revela, el remezón que este trabajo supone a la lógica productivista, competitiva e individualista que ha colonizado nuestra academia, y que la ha empujado a un creciente aislamiento endogámico respecto de las realidades sociales que investiga, algo acerca de lo que es imperioso reflexionar.

Respecto del primer punto, en *Violencia en la toma* se realiza una muy detallada descripción del escenario y de los acontecimientos, esto es, el violento desalojo de agosto de 2016, la reubicación y el nuevo campamento que emerge, se supone de modo transitorio, pero que, al igual que la propia migración, como dice Abdelmalek Sayad, tiende a prolongar de forma permanente esa transitoriedad. También hay un exhaustivo relevamiento de la situación y las problemáticas de la población migrante en Chile en general, y en estos emplazamientos territoriales en particular. Los autores visibilizan además el

vínculo entre migración, pobreza y colonialismo, al hilo de su relación con los tres principales orígenes migratorios de los vecinos del campamento –Bolivia, Perú y Colombia–. Se trata de un tema que ha sido bastante tratado en los últimos años en el campo de los estudios migratorios en Chile, pero que el texto logra expresar con una fuerza notable, porque muestra la presencia pertinaz de esta condena de la historia: “estas zonas [dicen los autores refiriéndose a las regiones del Pacífico colombiano y del Valle del Cauca, de donde proviene la mayor parte de los vecinos de ese origen] han sido desde su ocupación colonial, zonas de sacrificio, en las que se ubicó a la población esclava proveniente de África para trabajar extrayendo las insuperables riquezas de esas tierras, las que salían al Pacífico por el puerto de Buenaventura hacia las metrópolis” (p. 38).

En ese escenario que describen con profundidad etnográfica, se genera un análisis crítico que permite dar cuenta del funcionamiento reticular de esta violencia estructural, a la vez que se emprenden acciones concretas para responder al llamado y la demanda de las y los vecinos, dando cuenta de un compromiso político desde el rol de investigadores. De ese análisis, quiero reparar en dos puntos que me parece importante relevar: el señalamiento de la paradoja que encierra la idea de violencia estructural. Como toda aproximación estructural, se trata de un constructo teórico que “produce la ilusión de que, en concreto, este orden de cosas no es atribuible a nadie en concreto” (p. 47). Pero Liberona y Piñones subsanan prontamente este punto: “Para nosotros –dicen–,... el Estado es el principal actor de la violencia estructural” (p. 47). Otro punto crucial, y que habla de un análisis complejo, que aunque se indigna y denuncia, no cae en la salida más a

* Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Juventud (CISJU), Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago, Chile. Correo electrónico: fstang@ucsh.cl

la mano –la de construir a los pobladores como víctimas–, es que junto con relevar las diversas resistencias de los vecinos, se analizan también las formas de autoviolencia que ejercen, que toman la forma del caudillismo, el autoabandono, la desesperanza aprendida y el inmovilismo:

“Todos ellos constituyen formaciones forjadas a lo largo del proceso histórico y representan la mejor excusa de los agentes de la violencia estructural para culpabilizar a la víctima. La inmediatez de su presencia produce su carácter de evidencia: serían ellos mismos los que se traicionan, los que no tienen iniciativa o voluntad de transformar su realidad” (p. 141).

Respecto de las resistencias migrantes, interesa relevar dos elementos que se tematizan en el texto: la construcción de la demanda que realizan las y los vecinos, con los significantes y significados desde los que la enuncian, incorporando el concepto de “buen vivir” al del derecho a la vivienda y a la ciudad. Sin duda hay ahí una cantera de análisis que tiene mucho por decirnos, desde la interculturalidad hasta la potencial articulación política de diversas luchas. Otro elemento relevante en relación con este punto es el rol de las mujeres liderando estas luchas, y en estos casos mujeres migrantes además, es decir, deslegitimadas frente

al derecho a exigir derechos como ciudadanas de un Estado que, en teoría, no es el suyo, pero que desafían esa deslegitimación.

El último punto reseñado alude al modo en que este libro sacude en alguna medida la forma en que estamos haciendo universidad. Desde su presentación, el texto explicita que su génesis se relaciona con una demanda directa de los pobladores; desde el comienzo se nos anuncia que: “La razón que nos anima a escribir es la necesidad de denunciar la violencia que se vive en una toma y/o campamento... con sus múltiples dimensiones, que atentan contra distintos derechos de las personas” (p. 9), y que esa denuncia pretende establecer jurisprudencia investigativa para reflejar otros acontecimientos como esos. Hay también una problematización situada de los datos que se levantan, a partir de la discusión con las dirigentas; hay una preocupación por escribir en un registro abierto, sin recurrir a los usuales tecnicismos legitimadores del lenguaje académico. En definitiva, hay un gesto coherente desde la ética investigativa: no abordar la violencia estructural a partir de la violencia epistémica. Por esa coherencia debiera tener más valor una obra como esta, que da cuenta de una implicación con las injusticias que denunciamos, y un impacto directo en el hacer sociedad desde el análisis y la reflexión, que un *paper* estandarizado por la máquina normalizadora del empirismo que prima en las revistas de alto impacto.